

Una moral irónica para una crítica literaria de la cultura

Autor:
Dalmaroni, Miguel

Revista:
Boletín de reseñas bibliográficas

2007, N° 7 y 8, pp. 141-151



Artículo

UNA MORAL IRÓNICA PARA UNA CRÍTICA LITERARIA DE LA CULTURA*

por Miguel Dalmaroni

En la introducción que escribió para dos ensayos sobre estudios culturales, uno de Fredric Jameson y otro de Slavoj Žižek, Eduardo Grüner identifica “la única función a la que debería querer aspirar un intelectual crítico” mediante una definición de Sartre. Pero la definición de Sartre no es una definición de “la función del intelectual crítico”, sino una definición de la literatura (Grüner, 25).

Quiero proponer, entonces, una tesis muy sencilla, que podría resumirse en las dos proposiciones que siguen: en los departamentos de letras o entre los profesores de literatura, el interminable autoexamen crítico al que se han sometido casi desde su inicio los llamados estudios culturales tiene algunas de sus culminaciones en lo que actualmente podemos distinguir o bien como un retorno a la teoría crítica o crítica cultural, o bien como un retorno a la crítica literaria y a la literatura misma. Pero se trata de un retorno irónico: no podemos sostener que nuestro trabajo sea la crítica literaria ni que nuestro objeto (de conocimiento, de deseo) sea la literatura con la convicción autosuficiente de una teoría, sino sólo en términos de una moral que se nos presenta como política o estratégicamente preferible.

Pero hubiese preferido comenzar esta exposición con un relato. Voy, entonces, a empezar de nuevo. El Congreso Internacional “Razones de la Crítica”

* Las notas que siguen fueron leídas en el *II Encuentro sobre crítica literaria argentina de los últimos veinte años*, organizado en la Universidad Nacional del Sur (Bahía Blanca) por el grupo de investigación que dirige María Celia Vázquez, durante los días 4 y 5 de noviembre de 1998. En algunos tramos el trabajo retoma con modificaciones algunas consignas que incluí en “La angustia de lo banal. Notas sobre estudios culturales y crítica literaria”, que publicó la revista *Espacios* del Centro de Profesores de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral (III, 10, septiembre de 1997, Río Gallegos).

que tuvo lugar en Rosario hace pocas semanas y del que participamos muchos de quienes estamos hoy aquí, cerró con un par de conferencias, una de Nelly Richard titulada “Los estudios culturales y sus otros: crítica de la crítica” y otra de Raúl Antelo sobre “Lo posoccidental: lugares de enunciación y lugar de la teoría”. En las antípodas del salón, casi en la última fila de sillas, esforzaban la atención dos novelistas, uno hiperconsagrado, casi quincuagenario y cuantiosamente édito, el otro todavía casi joven y desconocido. En un momento, durante la conferencia de Antelo, el novelista viejo le dijo al nuevo: “Hablan y hablan de los estudios culturales, ¿por qué no hacen un estudio cultural, en cambio? Me gustaría escuchar uno. Debe ser bárbaro”.

Las derivaciones alegóricas del episodio son facilongas (los escritores lejos de los críticos, la literatura lejos de los críticos; o viceversa, a pesar de todo los escritores escuchando y deseando el discurso de los críticos, y así siguiendo).

Voy a hablar, entonces, de palabras que sobresaturan nuestro diccionario de los últimos años y que, como llegó a suceder hace tiempo con otras nos están, creo, hartando hasta el fastidio: canon, estudios culturales, banalidad. Pero este es un encuentro en el que se nos propone hablar no de literatura sino de crítica, de crítica argentina. Así, este es un encuentro que nos obliga, desde que estamos aquí, a interrogar una vez más eso que nos fastidia, a re-volcarnos en el hartazgo irresoluto de nuestras cavilaciones autorreflexivas, de los -para decirlo en un tono autoparódico que no alcanzamos a tolerar- dilemas que nos asedian, que sólo a nosotros asediarían y que a casi nadie más, ni siquiera a los novelistas viejos o nuevos, importarían demasiado. Allí está el primer tópico o motivo de hartazgo: ¿tiene que importarnos que a nadie le importen nuestros dilemas? ¿Y cuánto?

En la mesa del Congreso de Rosario en que Roxana Patiño y María Celia Vázquez hablaron de Beatriz Sarlo y de *Punto de Vista* contamos con una presencia incómoda: María Teresa Gramuglio, que integra el consejo de redacción de la revista, estaba entre el público, no en el panel de expositores. Cuando salíamos, Gramuglio me dijo: “Me siento un objeto de museo”. Pensé después que tal vez María Teresa tuviese razón en algo. Que tal vez podíamos plantearnos, como recurso metódico algo brutal, invertir la relación que la crítica que pretendió seguir siendo literaria ante la hegemonía de los estudios culturales solía mantener con la demanda de intervención pública con que desde estudios culturales o desde *Punto de vista* se nos instaba a transformar, precisamente, las creencias de la crítica; pensé, digamos, que podríamos interrogar la hipótesis -esquemática, reduccionista o maniquea- según la cual los anacrónicos serían ellos -los estudios culturales, los

intervencionistas, los *activistas*- y no la crítica que aún se mantiene como crítica *meramente* literaria. Que los pesimistas debían ser ellos (nos equivocamos con Alfonsín, nos equivocamos con el FREPASO, recordaba Patiño que escribieron los intelectuales de *Punto de vista*) y los optimistas nosotros. Porque en la mesa de Patiño y Vázquez una pregunta, creo, no llegó a formularse. Si, perogrullescamente, toda crítica es política, ¿por qué dar por supuesto que la única moral de conexión de la crítica con lo político o con lo público ha de ser una moral de intervención, es decir una moral de conexión funcional? ¿La autocrítica repetida de *Punto de Vista* respecto de sus propios intentos de intervención funcional en la política no nos daría, acaso, la razón en algo? O dicho de otro modo: ¿qué nos dice el hecho de que la política, una vez más, haya expulsado o devuelto a los intelectuales, los de *Punto de vista* en este caso, al lugar del que otros nunca pudieron o nunca quisieron salir, una vez que la Alianza produjo salvajemente el sinceramiento rotundo de su relación con los intelectuales, es decir una vez que, a poco de formalizarse, hizo de Machinea, y no de un (digamos) sociólogo de la cultura, su intelectual funcional? ¿Por qué no pensar que ese episodio confirmaba el acierto de quienes prefirieron mantener, por razones seguramente diversas que no enumeraré aquí (por ejemplo por casualidad o por exceso de duda), una conexión a-funcional, una política crítica de no intervención, o una política estratégica u oportunista de supervivencia, mediante la negociación institucional o laboral?

Mejor se organiza el problema si, además, ponemos atención a una creencia que heredamos de la doxa filosófica de la modernidad y que tuvo su utilidad política pero que se ha vuelto demasiado discutible, incluso anacrónica, para pensar el presente. Me refiero a la noción de esfera pública. En su ponencia de Rosario, María Celia Vázquez recordaba una definición metafórica del estado actual de la esfera pública que pertenece a Beatriz Sarlo: “No hay un espacio más allá de Félix Luna”. ¿Es obvio decir que allí, “espacio” significa específicamente intervención, es decir espacio de reconocimiento mediático a la funcionalidad de las conexiones que los intelectuales establecen con el poder o con el *público*? En este sentido, no parece meramente casual lo que señalaba Stuart Hall al respecto:

Estábamos tratando de encontrar una práctica institucional dentro de los estudios culturales que pudiera producir un intelectual orgánico. No sabíamos previamente qué significaba esto, en el contexto de Inglaterra en los años '70 (...). El problema del concepto de intelectual orgánico es que parece alinear a los intelectuales con un movimiento histórico incipiente y no podíamos decir entonces, y muy difícilmente podamos hacerlo ahora, dónde se podía encontrar ese movimiento histórico incipiente (citado en Grüner,84).

En la Argentina y seguramente en Latinoamérica, además, las transformaciones que la política sufrió en los últimos años cerraron ese camino o anularon esa esperanza. La otra posibilidad, abierta por las políticas de identidad de los microgrupos, con que se asociaron los enfoques multiculturalistas y poscoloniales en Estados Unidos, parece haber sido asimilada y funcionalizada por la hegemonía, tanto en términos políticos como epistemológicos. Esa asimilación constituyó uno de los principales focos de discusión contra los Estudios Culturales, y redujo la incidencia de esas alternativas en la crítica argentina (imposibilitada, por otra parte de tomar ciertas propuestas como las variables étnicas o poscoloniales, que muy poco parecen tener que ver con las complejidades específicas de nuestra historia cultural y literaria). Donde hasta hace poco estaban la “esfera pública” o la “sociedad civil”, donde apenas sí estuvieron las microidentidades, no queda sino registrar un vacío que no habla más que de la ausencia de sentido, o que en el mejor de los casos organiza la demanda de un espacio nuevo, seguramente ya no esférico, tampoco meramente local y fragmentario. Es difícil saber si en alguna medida lo estamos construyendo sin saberlo, por ejemplo aquí, pero sospecho que conviene interrogarlo: ¿por qué no habría de haber otros espacios más allá de Félix Luna? Estamos obligados, o bien a entregarnos a los riesgos de ese vacío, suponiendo que también puede ser efectivo (o incluso que lo sustancialmente efectivo está en ese vacío), o bien a redistribuir, a reespacializar los dominios de intervención y circulación de nuestros saberes en relación con lo que de ellos esperemos y con lo que de ellos no esperemos, con lo que no estemos dispuestos a esperar.

Vuelvo, entonces, a los dilemas que nos estuvieron asediando durante los últimos años, a riesgo de estar reponiendo una discusión ya casi abandonada, menos porque se haya resuelto que por la fatiga que produce la insistencia de ciertas preguntas durante demasiado tiempo.

¿Qué escribimos o qué práctica ejercemos, hoy en América Latina, quienes hasta hace poco no dudábamos en afirmar que escribíamos o ejercíamos la “crítica literaria”? La pregunta, se sabe, podría prescindir de la localización regional, y hacerse planetaria con la declaración categórica de Terry Eagleton: si no existe la “literatura” como objeto de una disciplina que se construya con arreglo a los patrones epistemológicos -es decir, a la moral- de la ciencia, retornemos, pues, a la crítica política que inventaron los primeros críticos ilustrados del Estado moderno, una crítica que, repuesta en un contexto como el presente, no podrá evitar el aplanamiento de la *Belleza* sobre la arena combativa de “los discursos y sus efectos”.

Pero entonces, resulta inevitable recordar una advertencia de Susana Zanetti, que parece decirnos que siempre ha sido así para nosotros, por voluntad ajena: en París, el arte latinoamericano nunca estuvo en el Louvre, sino en el Museo del Hombre. Luego, toma forma en nuestra inquietud la sospecha de que la transmigración del centro de París a New York, es menos un derrumbe de las estrategias jerarquizadas de dominio político-cultural, que un avatar de eso que antes llamábamos imperialismo. Que ahora se llame “poscolonialidad”, “hibridez” o “globalización” no debe impedirnos señalarlo con el nombre verdadero que, según Jorge Panesi, se nos impone desde nuestra ubicación subordinada: “norteamericanización”.

En efecto, es sobre todo desde las metrópolis que a los críticos literarios latinoamericanos se nos insta a una *apertura de las fronteras*: las universidades de los *Estados Unidos de América*, nos convocan, nos atraen o en el peor de los casos nos humillan con cátedras, becas, subsidios, ediciones y simposios. El llamamiento tiene su precio: pues no se trata sólo de que ciertos encuentros con colegas venezolanos o chilenos se cocinen mejor en Yale; sucede también que, allí, vamos a parar a Departamentos o cátedras o congresos o revistas de “Estudios de la mujer” o “Estudios gay” o “Ecocrítica”, o a nuestra (o su) versión disciplinar de la globalización, los “Cultural Studies”. Y de allí, indefectiblemente, a una nueva forma de la angustia, la que nos asalta en virtud de la banalización de nuestro saber.

Porque, sea que los viésemos -anacrónica, escolar o ingenuamente- como una mutación paradigmática, sea como una estrategia de subsistencia profesional previendo la declinación de las *bellas letras* y del libro a las puertas del 2000, los “Estudios culturales” nos proponían de modo más o menos celebratorio el camino que recorren algunos sociólogos o antropólogos. A estos, la caída de los objetos, los sistemas y las pretensiones epistemológicas globales terminó por arrojarlos o bien a la *gerencialización* del oficio -“agendas” de investigación e “insumos teóricos” destinados a diseñar tecnocracias de imagen o de “governabilidad” para los Estados del ajuste neoliberal, de maneras a veces oblicuas como estratagema para mantener cierto decoro-, o bien a las innunmerables microfísicas de lo banal: desentrañar la poética de los programas televisivos de cocina, o la intertextualidad de los *reality-shows*. Conocemos el riesgo, muchas veces efectivamente cumplido, de esa ilusión *post* que quiere repetir las iluminaciones del Barthes semiólogo de la vida cotidiana: hay quienes -beca o subsidio en mano- se entregan a la exégesis de

Mauro Viale, o de Marcelo Tinelli, o de Don Francisco, prescindiendo de lo anodino, microscópico o complaciente ya no del análisis sino de sus efectos.

A los críticos, se nos propuso desde allí, entonces, el camino inverso: con las armas de la crítica, abandonemos las bellas letras, que ya nadie lee, y entreguémonos a la semiosis del vasto universo de los signos. Hagámoslo pertrechados de una teoría de la ideología y de un aparato de análisis del discurso “blandos” o *ablandados* (es decir chantas), y de un prejuicio supuestamente *progresista*: el propósito militante y *antiaristocrático* de disolver el canon. Con ello, lo que se ha abandonado, más por imperio de los hechos que por argumentos establecidos tras un debate consistente, es la confianza en el poder diferencial o irreductible o restante de la literatura (*da lo mismo un relato que otro*: el discurso político es un juego de lenguaje, la poesía de César Vallejo otro, y así).

¿Qué consignas, si todavía hicieran falta, podrían encabezar un programa de resistencia frente a estrategias epistemológicas e institucionales como esas? Ensayo las que siguen.

Haremos otra cosa y no “crítica” mientras no mantengamos siempre sujeta a discusión nuestra relación con las nociones básicas de “responsabilidad” y de “verdad”. La idea de que nociones como esas implican el retorno a algún tipo de fundamentalismo, y de que por lo tanto sólo nos queda entregarnos a una “conversación” que excluya el énfasis, que no niegue ni afirme nada (pienso en Vattimo como la versión más patética de esa nueva ataraxia o religión laica de la prudencia), es un dogma -moral pseudohomogeneizante de los debilismos, mano dura del pensamiento chirle- que sirve a una razón estratégica entre cuyos beneficiarios solemos no contarnos.

El piso conservador y el tono más o menos escandalizante e injurioso que sostienen intervenciones categóricas como las de Harold Bloom no deberían llevarnos a ignorar las ventajas estratégicas de mantener en vigencia algunas de sus proposiciones: la literatura sigue abriendo la posibilidad de una experiencia que -para decirlo de un modo clásico o tópico- se resiste a las formas asimilables al dominio -niega y se niega, o se desplaza no bien afirma, y resta en un no-lugar social-. El reconocimiento de la persistencia de ese núcleo insubordinable o, mejor, de la posibilidad de su ocurrencia (en o fuera del canon, poco importa) puede verse como la única garantía de una crítica capaz de escapar a la lógica del Mercado, capaz de no volverse mera mercancía académica o mediática. La reducción al lenguaje, que desde los formalistas rusos permite pasar (sin *diferencias* más que

de grado) de la poesía al discurso publicitario, no es menos reduccionista que la reducción sociológica. En ese sentido, negar que ciertas literaturas produzcan efectos singulares (efectos no previsibles desde las lógicas del discurso o de las ideologías), es abolir lisa y llanamente su dimensión (no su "función") estética, su momento *a-funcional*. Y hablo más bien de una moral o una política de la crítica literaria, que no podría autoafirmarse sino irónicamente, es decir, descontando que una convicción acerca de la literatura como ésta pueda sostenerse en los términos de una teoría, en el sentido convencional o epistemológico de la palabra "teoría". A lo que agregaría una conjetura histórica (seguramente no menos incontrastable): en la construcción del canon siempre interviene -además de mistificaciones e intereses- la experiencia de esa irreductibilidad.

Por tanto, el ejercicio de la mirada crítica sobre objetos culturales "triviales", "banales" o de escasa densidad semiótica no debería usarse como pretexto para abolir y reemplazar no tanto el canon como lo que en él suele acontecer -para aplanar las *bellas letras* en un conjunto en el que *Fervor de Buenos Aires* se aparea con el discurso político del irigoyenismo o Alejandra Pizarnik con Pipo Mancera; la crítica literaria debería considerar, más bien, si su tarea no sigue siendo resistir al canon en cuanto tal, poniéndolo fuera de sí desde su interior (Alberto Giordano), para que haya entonces un solo paso de ahí al hallazgo de sus ocurrencias fuera de la institución "literatura". Reivindicar la preferencia por un estudio de la connotación en la campaña electoral de Duhalde no es menos ideológico que preferir un estudio de la connotación en "La biblioteca de Babel" de Borges, y aunque no parezca, puede resultar -incluso antes de ser emprendido- más complaciente con el poder cuyas estrategias simbólicas supuestamente se deconstruyen o critican (porque, para el caso, la diferencia entre complacencia y crítica puede radicar solamente en quién y cuánto paga: si mucho el Comité de Campaña o la Consultora, si poco el CONICET o el Programa de Incentivos). Por otra parte, temer o dar por seguro que en un estudio, pongamos por caso, de la connotación en Borges, no habrá una crítica radical contra la economía del discurso político es haber pactado la rendición de la crítica ante los imperativos de la racionalización. Si ese *resto* se aloja en la literatura del canon (aunque no lo haga sólo allí), y si es, como muchos sostienen y otros tantos sospechamos, un ejercicio y un modelo de crítica o negación de las ideologías, se entiende que muchos se resistan a exiliar la crítica de su objeto, es decir, del lugar donde ya se sabe que se aloja ese modelo, mientras rechazan que se los califique de reaccionarios (porque en esos casos la identificación entre literatura y canon es una estratagema institucional de los profesores pobres, antes que una teoría o una fe como la de Bloom).

No sé si pueda sostenerse en términos teóricos, otra consigna que tampoco me gustaría abandonar: la “banalidad” de las prácticas simbólicas no depende sólo de la mirada que se ejerza sobre ellas. Dicho de otro modo, hay objetos -no dados, sino construidos- indefectiblemente lindantes con la banalidad. Es cierto que esos objetos se pueden construir con el canon (vg. “¿Es “Los caballos de Abdera” un cuento “extraño”, “maravilloso”, “fantástico” o “legendario”?”), y no sólo con los discursos banales de la cultura massmediática. Pero un estudio acerca de la programación de Telefé está siempre más cerca del riesgo de banalización y de la transacción con la discursividad del dominio que una lectura de “La metamorfosis” de Kafka: Kafka se resiste (es decir, nos hace algo que Telefe no podrá hacernos jamás; eso, claro, mientras mantengamos, defendiéndola, una subjetividad capaz de dejarse infringir la resistencia kafkiana, defensa que implica, entre otras cosas, políticas culturales y políticas de la literatura). Es por lo menos curioso que algunos supongan que no se pierde nada si en la Universidad y en la escuela pública se abandona, digamos, la lectura de Kafka, en pos de un semioanálisis de Videomatch; es decir, si se usan los pocos recursos y espacios que todavía el Estado capitalista destina al ejercicio del pensamiento crítico para, en lugar de empecinarnos en “preferir no hacerlo”, dedicarnos a aplicar una semiótica ligera a los avisos publicitarios de pastillas para adelgazar. Es por lo menos curioso que haya críticos literarios que, tras leer *Escenas de la vida posmoderna* supongan que hay allí un programa para la crítica latinoamericana, la que deberá así entregarse a reproducir en sus investigaciones y en sus clases la deconstrucción -a veces tan crítica como inoperante- que ejerce cualquier intelectual mínimamente avisado ante la pantalla cuando hace zapping en el living de su casa antes de ser vencido por el sueño o por el tedio. Deberían recordar, entre otras cosas, que cuando Beatriz Sarlo repite como al pasar que durante los últimos años jamás dejó de “enseñar literatura”, está señalando precisamente el lugar desde cuyo interior ha querido construir una mirada crítica entrenada en el vértigo de una clase de acontecimiento cuya frecuencia la *literatura* casi siempre nos asegura mientras los productos de la industria cultural no, mirada de la cual sus *Mitológicas* argentinas de fin de siglo son un estimulante efecto periodístico. Es verdad que también pretenden ser un modelo de intervención, pero ya hemos discutido arriba lo incierto de un propósito como ese.

El contexto disciplinario de la literaturización de las ciencias sociales (el hecho de que los sociólogos, los historiadores, los etnógrafos y los comunicólogos se vean a sí mismos como críticos de “textos”) debería ser motivo menos para disolver nuestro objeto -una versión no meramente discursiva de la *literaturidad* o del *efecto estético*- que para expandirlo: trabajar a partir de la hipótesis, más o menos remotamente barthesiana, según la cual la literatura, al ocurrir, *les hace*

algo a las prácticas sociales -culturales o simbólicas o “imaginarias”- en las que interviene o sobre las que *interfiere*, a la vez que puede efectuar, allí donde aquellas esconden su imposibilidad, los vacíos insospechados de la Historia, eso que a falta de discursos que lo digan llamamos *atopías*. El escenario de ese poder no es meramente *imaginario* ni meramente *verbal*. El escenario de ese poder es el *cuerpo* o la *vida* del lector, la escena tangible de la lectura y sus marcas en la memoria, y debería resultar obvio para un intelectual crítico que renunciar a esa dramatización que efectivamente se *realiza* cuando leemos o escribimos es renunciar a una forma no prevista o no servil de la subjetividad.

Los siete locos de Roberto Arlt o los *Cuentos fatales* de Leopoldo Lugones (para citar ficciones que parecen fácilmente reductibles a *lo social*) no nos explican la Historia por *alegoresis*, como querría H. White; más bien exhiben lo que la Historia no es, lo que jamás hubiera podido decirse de sí misma. Esos textos efectúan, así, una negación de la Historia que es una forma de la verdad que los discursos históricos no alcanzan ni sospechan. Luego, esos textos ejercen una forma de la experiencia que la Historia demanda a ciegas pero que es incapaz de proveer (es decir, una forma de la experiencia que la subjetividad histórica reclama contra el borde de su propia alienación). Abandonar esa forma de la verdad y esa experiencia, suponerlas una ilusión ideológica (o teórica o metafísica o esteticista) del pasado, es una operación política de la que conviene seguir preguntándose a quién beneficia.

He hablado de una forma de la verdad y una experiencia porque me gustaría encontrar un modo convincente de cruzar o combinar, como si la literatura misma nos obligara a hacerlo, dos salidas o dos retornos a que ha dado lugar la crítica a los estudios culturales.

La definición de literatura que pertenece a Sartre y que Grüner usa para definir no la literatura sino “la única función a la que debería querer aspirar un intelectual crítico”, dice así: “La literatura está hecha para que la protesta humana sobreviva al naufragio de los destinos individuales” (Grüner, 25). En Grüner podríamos ver, así, una de las decisiones a que pudo conducir la crítica a estudios culturales: retornar a la “teoría crítica”, a una “teoría crítica de la cultura” de sesgo adorniano o frankfurtiano que vuelve a “situar a la ficción [a la literatura o al texto] en el lugar de una Verdad impensable”, “que permite que el texto (...) se erija en toda su irreductible especificidad y autonomía como síntoma de lo indecible y de lo impensable”. Creo que en esa clase de decisión podemos ubicar la estrategia de Beatriz Sarlo, sintetizada en su repetida consigna: después de haber leído a Joyce se puede analizar críticamente la televisión, pero no viceversa.

Creo que esa decisión puede distinguirse también (y la coincidencia no es casualidad) en el trabajo de María Teresa Gramuglio, “La crítica de la literatura. Un desplazamiento”, publicado en el número del vigésimo aniversario de *Punto de vista* en abril de 1998. El texto de Gramuglio se propone desandar “uno de los cambios más polémicos que han ocurrido en el campo de la crítica literaria contemporánea (...), el que va de una concepción de la literatura como práctica potencialmente crítica y liberadora, a una crítica de la literatura como institución de control”, cambio que Gramuglio asimila a la sustitución, sobre todo académica, de la crítica literaria por los estudios culturales. Para demostrarlo, Gramuglio impugna una “lectura antimodernista” de Conrad que “conduce a una reivindicación de las formas de la cultura popular”, cuestiona el “foucaultismo a ultranza” con que Jorge Salessi simplificaría la lectura de *El Matadero*, y a cambio apunta dos notas de lectura: una sobre un poemario de Arturo Carrera, otra sobre una novela de Héctor Tizón. “Al enfrentarnos -concluye Gramuglio- con su propia resistencia a la facilidad de las soluciones formales convencionales, estos libros hacen un poco menos ciega, o menos pobre, nuestra manera de estar aquí, en este país y en este mundo” (p. 7).

En el reconocimiento de esa cualidad iluminadora o iluminista de la literatura alta o culta está, entonces, la diferencia que Gramuglio defiende para la “crítica literaria”, en contra de “la crítica de la literatura” que impusieron los estudios culturales, multiculturalistas o poscoloniales.

Pero nuestra moral crítica (o política) nos obligaría a advertir que en ese retorno no salimos de la lógica del intercambio: la crítica muestra, destaca o desentraña una función (digamos, des-alienante) de la literatura. ¿Es posible escapar, como lectores o como críticos, a una lógica del intercambio? Si, como parece inevitable, mantenemos que no hay lenguaje, ni sujetos ni literatura antes o más acá del orden social, la posibilidad de aquella fuga se desvanece. Pero el deseo (social) de esa fuga no deja de ser puesto en escena, incansablemente, por la literatura. En ese sentido, el otro retorno o la otra alternativa que se asocia con una crítica persistente hacia los estudios culturales está, creo, en un modo crítico de leer y de escribir que repone una y otra vez esa dramatización. Creo comenzar a distinguir ese modo crítico, por ejemplo, en el ensayo de Jorge Panesi “Marginales en la noche”, que gira precisamente en torno de un ir y venir entre el resto y el intercambio, entre el exceso y la asimilación funcional, entre la literatura y su precio.

“Qué precio hay que pagar por empecinarse en la literatura”. Así termina el trabajo de Panesi, que va y viene de lo asimilable -los objetos de una crítica de la ideología, los objetos de unas *mitológicas* como las de Sarlo- a “un objeto que se empeña en permanecer irreductible”, la literatura. O lo que es lo mismo: la prosa del ensayo de Panesi como una apuesta que, precisamente porque no olvida que literatura es lo excedente, interviene con la literatura, es decir desde la escenificación reiterada de ese carácter inasimilable del resto, en el interior del campo de objetos de los estudios culturales, o mejor, en aquello que, de su propio campo de objetos, los estudios culturales dejan como resto no asimilado por la lengua de la crítica o la investigación. Se entra a las ficciones de los marginales en la noche desde Arlt y con él desde otros títulos del canon o la alta poesía, porque lo que se busca allí, en esos restos de la ficción social lumpen es, precisamente, su literaturidad. La apuesta tiene la forma o el movimiento de la ironía: en su retorno, da vueltas el juego hegemónico de la crítica universitaria, porque a partir de una convicción, una política o un deseo, lo que se repone en marcha es ya no una crítica cultural de la literatura, sino una crítica literaria de la cultura.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Harold Bloom, *El canon occidental*, Barcelona, Anagrama, 1995.

Terry Eagleton, *The Function of Criticism. From The Spectator to Post-Structuralism*, London, Verso, 1984; y *Una introducción a la teoría literaria*, México, FCE, 1988.

María Teresa Gramuglio, “La crítica de la literatura. Un desplazamiento”, *Punto de vista*, XXI, 60, Buenos Aires, abril de 1998, pp. 3-7.

Eduardo Grüner, (ed.), *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

Jorge Panesi, “Marginales en la noche”, *BOLETÍN del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, núm. 6, octubre de 1998, Rosario, pp. 39-48.

Beatriz Sarlo, *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1994.